

LOS LIBROS PROHIBIDOS

Eugenia Valdez

Ilustraciones de Walter Wirtz


loqueleo
SANTILLANA



Índice

La roca, o De cómo me libré del castigo	7
Lo que encontré en el bosque	23
La antigua Cuarentena	37
El secreto de la Cuarentena	49
Meses intensos	61
Un pequeño inconveniente	69
Tras los pasos de mi hermana	73
Se nos armó un problemón	77
Mi hermana y su historia increíble	93
El túnel	99
El problema se vuelve un problemón	107
Se revelan más secretos	117
El gran escape	121
Del otro lado del barranco	133

La roca, o

De cómo me libré del castigo

Corría casi sin aliento por los callejones oscuros y no quería soltar el lápiz ni la hoja que apretaba contra mi pecho. Tenía tanto miedo que apenas podía ver las piedras y el camino iluminado por los colores de las telepantallas, que hacía cuerdas ya no escuchaba.

No vi el agujero que había delante de mí hasta que me encontré rodando por el suelo por no querer soltar las cosas y quedé boca arriba tratando de recuperar el aliento. Sabía que ya venía por mí el enorme perro de la Policía y solo podía pensar: «¿Por qué me persiguen a mí?». Sabía que algo había hecho mal, pero no estaba segura de qué. Es-

cuchaba los ladridos cada vez más cerca. Un par de luces me dejaron viendo estrellitas. Ya los tenía encima y me preparaba para gritar.

¡Bam! Me caí de la cama. Por poco dejo los dientes tirados, pero me levanté rapidísimo. Le eché un vistazo a la habitación. No quería que en casa se dieran cuenta de que había estado soñando, y menos que Sebas, mi molesto hermanito, fuera a contarles a todos mis amigos del trabajo que lloraba como un bebé con la nariz aplastada.

Por suerte me desperté un poquito antes de que la alarma sonara, de modo que nadie lo notó gracias a la bulla de las telepantallas que funcionaban en la calle. Con el frío que estaba haciendo, aproveché que mamá no había entrado en el cuarto y me vestí para no bañarme y volverme un enorme cubito de hielo.

—¡Qué raro que no haya tenido que sacudirte para que despertaras! —exclamó mamá cuan-



do me aparecí en la cocina—. No te bañaste —dijo olfateando mientras arrugaba la nariz y me revolvió el pelo—. ¡Anda! Cómete el desayuno y vuela al tren.

Aún no había terminado de decirlo y ya tenía yo medio sándwich atragantado, mientras imaginaba cómo haría para volar hasta allá.

Sebas, la fastidiosa garrapata, no me molestó. Como aún es pequeño y no debe trabajar, se pasó toda la tarde de ayer jugando con Abuela Rosario, así que estaba demasiado cansado para levantarse y jalarme la ropa. Le di un beso a mamá y salí camino al tren.

El edificio donde vivo queda a tres cuadras de la estación. En días como hoy, que voy temprano, me da tiempo de ir caminando despacio y ver los edificios vecinos. Creo que si un niño del Valle viniera a la ciudad de la Montaña se perdería entre tantos edificios grises y todos iguales. Es una suerte

que yo ya no me pierda. ¿O es una suerte vivir en la ciudad de la Montaña?

Lo más divertido de las mañanas es el viaje en tren. Es de colores que brillan aun si el sol no les pega. Policromado, dice mamá que se llama. Pocos niños tenemos la enorme suerte de sentarnos en el alféizar de la ventana. Cuando se pone en marcha, veo pasar los edificios grises rapidísimo y las telepantallas que nos recuerdan a diario que la Larga Guerra terminó y que la nación volvió a ser libre. Aunque, ¿les digo la verdad?, eso no es lo que me divierte.

En los edificios de las afueras hay restos de pinturas antiguas, de antes de que las telepantallas existieran. Todos están gastados, y muchos no pueden verse más. Pero hay unos cuantos pintados a los costados que para mí son curiosísimos. Estos no son policromados, así que no brillan. Pero creo que fueron de colores brillantes alguna vez: amarillos, verdes, rojos... Y no importa lo gastados que se vean.

Hace falta poner mucha atención a la hora de ver los edificios pasar. Y no creo que nadie más haya notado esas antiguas pinturas. Ni siquiera mamá, quien desde que le regalaron esa vieja cámara insiste en tomarle foto a todo lo que ve. Al principio todo era fiesta y alegría, fotos y salir a las calles a espiar en las casas. Pero, después de un par de semanas, terminé encontrándolo aburrido. Todas las fotos muestran lo mismo. Torres grises, calles grises. Hasta la gente parece gris.

Como les decía, lo que en verdad me divierte es recostarme hacia atrás y entrecerrar un poco los ojos. De esta forma puedo ver mejor los grandes símbolos, que casi siempre están pintados de negro. Claro que nadie puede saber acerca de estas aficiones mías tan raras. O que no la paso tan mal en la fábrica. Elegir los colores para pintar los juguetes es algo que puedo hacer con facilidad, y creo que los demás niños también lo encuentran divertido.

Todos creemos que es definitivamente mejor que la sección donde los empacan. Y los colores son brillantes, como el policromado del tren.

Se van hacia la ciudad del Valle. Los juguetes, digo. Porque no conozco a nadie más que viva en la ciudad de la Montaña y haya ido alguna vez a esa ciudad. Yo no me quejo para nada porque justo encontré un pequeño lugar lejos de la ciudad, allá en lo alto (pero no en la cima), al que solo se puede llegar si se conoce bien el camino y se tiene una muy buena vista.

Esto es gracioso porque, ahora que lo pienso, yo no tengo para nada una buena vista. Pero me niego a usar lentes. ¡De ninguna manera! Porque creo que cuando corro no puedo sentir el viento en la



cara como yo quiero. En fin, una tarde de sábado, cuando todos descansábamos, fuimos con mamá, Abuela Rosario y Sebas al claro que está antes del bosque Prohibido.

Esa tarde yo me negaba a ir al claro. ¡No tenía sentido! Mamá iba solo a tomar fotos de las calles y se perdía por completo del pasto, del cielo azul y de la falta de edificios. «Tú no tienes sentido de la estética», decía mamá, y eso me sonaba a pura palabrería a-bu-rri-da de adultos. La ciudad gris en la que he corrido durante mis años no es divertida ya. Solo veo lo mismo de principio a fin.

Mamá, después de arrastrarme desde la casa hasta el claro diciendo todo el tiempo «¡Pero qué niña tan maleducada!», estaba terriblemente cansada de sus largas horas de trabajo en la fábrica de calzado, así que dejó de lado la cámara y se quedó dormida sobre la acolchonada grama. Abuela Rosario decidió que no iba a correr por

enésima vez detrás de Sebas, y él decidió molestarte a mí, cosa que sabe hacer como un verdadero campeón.

«No seas mala, Sofi. Déjame acompañarte», me dijo, y yo empecé a correr lo más rápido que pude. No lo quería pegado a mí como una de esas garrapatas que cuando te agarran ya no te sueltan ni aunque trates de arrancártelas. Me di cuenta de que iba hacia el bosque Prohibido, pero decidí que si me internaba en él Sebas no iba a molestarte. Él me gritaba: «¡No me dejes solito! ¡Voy a ir a contárselo todo a mamá!». Y también pude oír cómo Abuela Rosario decía: «¡Niña! ¡No vayas allá dentro! ¡Es el bosque Prohibido!». Pero, después de esto, ya no escuché más que murmullos a lo lejos.

Cuando me di cuenta, ya estaba dentro del bosque. En realidad no era tan lejos. Aún podía ver la salida de vuelta al claro como un enorme punto de luz a la distancia, y el bosque no se miraba ni era

tan atemorizante desde dentro como parecía desde fuera.

Era casi mágico. Las hojas de los árboles eran de un verde oscuro que no había visto antes y rayos de luz se colaban entre las ramas, de manera que las hojas café del suelo parecían atravesadas por agujas de luz hasta el rinconcito más escondido de la arboleda. Estaba disfrutando de la vista y dando vueltas sobre mí misma, cuando de pronto vi un camino que iba hacia arriba.

Me emocioné tanto que la curiosidad me ganó la partida esta vez y decidí seguir el sendero. Era necesario poner mucha atención para no perderlo. Porque apenas podía diferenciarse de las demás hojas. Y, ¡vamos!, le llamo sendero, pero en realidad eran solo más de esas hojas café aplastadas. Parecía como si alguien hubiera pasado por allí muchas veces y las hojas ya no dieran más de sí.

«¿Será la obra de un elefante?», me pregunté en voz alta. Rápido sacudí la cabeza. Nunca había visto un elefante de verdad. Solo había visto algunos en las telepantallas por las noches, cuando había programas para niños. «Pero ¡qué tontería!», dije un poco asustada. «Si hubiera elefantes en el bosque, ¡de seguro ya nos habríamos enterado!». Claro que no era como que pudiéramos aventurarnos adentro del bosque. «Por algo se llama Prohibido, obviamente», dije tratando de sonar como una adulta.

«¿Y si es obra de una señora gorda?», me pregunté y me reí. «Tan gorda que no puede caminar, ¡y entonces la arrastran!». Me detuve y me apoyé en el tronco de un gran árbol para reírme a carcajadas que era gusto. Después de unos segundos en los que descubrí que me dolía la panza y me dio un serio retortijón, vi un recodo en el sendero. Todavía con lágrimas de risa en los ojos caminé hacia



él. Y de pronto el camino se hizo mucho más empinado.

Aunque era claramente difícil caminar por ese lado, veía algunos tramos del camino un poco hundidos, lo suficiente como para poner mi pie e impulsarme hacia arriba. Es que veía cómo en lo alto se abría el montón de árboles y caía una luz completamente sin agujeros. Traté de apurar el paso, lo que no funcionó del todo bien considerando que estaba casi escalando, y después de unos minutos me encontré sobre una roca grandísima que se elevaba ante un gran trozo de la montaña. Hacia abajo podía verse el valle.

¡Aquello era sencillamente hermoso! Me quedé viendo el mundo que parecía abrirse debajo de mis ojos y exclamé «¡definitivamente necesito esos lentes!» mientras miraba todo como si pudiera dejarlo grabado en mi mente para verlo cuando no lo tuviera enfrente. ¡Todo un espectáculo! El sol caía

sobre todo aquello, y a lo lejos (muy muy lejos) pude ver destellos un poco grises. Adiviné que era el mar, ya que era una tira estrecha que se extendía a lo largo, de izquierda a derecha.

Hacia arriba se elevaba aún más la montaña. Allí ya no había casas. Era imposible subir hasta la cima porque no había más que loma escarpada y a cierta altura ya no había ni siquiera árboles para ayudarse a subir. Solo quedaba una roca gris y, en lo más alto, una alfombra de nieve brillante y limpia.

Por poco se me olvidó que debía regresar al claro. ¡Cataplum! ¡Casi me caí cuando bajé de la roca! Fue así como perdí unos minutos más para recuperar el aliento y tratar de controlar las cosquillas en la panza de los puros nervios. Una vez con aire en los pulmones, ¡pies, para qué los quiero! En el camino de regreso ya no veía los agujeros de luz y supe que estaba anocheciendo.

Debí haberlo adivinado. Cuando llegué al claro (que ya no era claro, sino oscuro), mamá se llevaba las manos a la cabeza y daba vueltas de un lado al otro en tanto Abuela Rosario tenía en las piernas a un Sebas muy calladito. Hacía tiempo que no lo veía así, más que cuando dormía. En el instante en que mamá me vio, corrió con sus largas piernas hasta donde yo estaba.

«Pero ¡cómo me has podido hacer esto, Sofía!», gritó y corrió hacia mí. Yo me hice un caracol pensando que iba a pegarme. Sin embargo, cuando llegó a mi lado y yo esperaba el definitivo tortazo, me dio un largo y fuerte abrazo. «¡Y pensar que me fui de aventura al bosque Prohibido para que ahora muera ahogada en los brazos de mamá!», dije para mí. Ella me revolvía el pelo y besaba toda mi cara. Luego volvía a apretarme contra su pecho. Sebas se había unido y me jalaba del pantalón. La abuela se había quedado sentada y repetía que esas emocio-

nes eran demasiado para su edad. Tanta emoción hizo que se les olvidara mi berrinche y mi huida y se quedaran solo con la felicidad de que había vuelto sana y salva.

Fue así como encontré mi lugar favorito en el bosque Prohibido. También fue así como me salvé de un castigo que seguramente iba a dejarme sin poder visitar la roca por varias semanas.